

La última Palabra de nuestro Señor desde la Cruz



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La última Palabra de nuestro Señor desde la Cruz

Nº 2311

Sermón predicado la noche del Domingo 9 de Junio de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.
(Y seleccionado para su lectura el Domingo 4 de Junio de 1893).

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”. — Lucas 23: 46.

Estas fueron las palabras de nuestro Señor Jesucristo al morir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Podría ser instructivo que les recuerde que fueron siete las palabras de Cristo en la cruz. Si denominamos a cada uno de Sus clamores, o expresiones, con el título de: ‘una palabra’, entonces hablamos de las últimas siete palabras de nuestro Señor Jesucristo. Permítanme repasarlas en este momento:

La primera palabra, cuando lo clavaron a la cruz, fue: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Lucas preservó esta palabra. Más tarde, cuando uno de los dos ladrones le dijo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”, Jesús le respondió: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Esta palabra también fue preservada cuidadosamente por Lucas. Más adelante, estando en grande agonía, nuestro Señor vio a Su madre, quien estaba junto a la cruz con un corazón quebrantado; la miró con indecible amor y dolor, y le dijo: “Mujer, he ahí tu hijo”; y al discípulo amado dijo: “He ahí tu madre”, y así proveyó un hogar para ella cuando partiera. Esta expresión fue preservada únicamente por Juan.

La cuarta y la central de las siete palabras, fue: “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?”, que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Esta fue la culminación de Su dolor, el punto central de toda Su agonía. Esa palabra, la más terrible que brotara jamás de labios de

hombre para expresar la quintaesencia de una agudísima agonía, es sabiamente colocada en cuarto lugar, como si requiriera de tres palabras a la vanguardia y de tres palabras a la retaguardia, como sus guardaespaldas. Describe a un hombre bueno, a un hijo de Dios, al Hijo de Dios, desamparado por Su Dios. Esa palabra en el centro de las siete, se encuentra en Mateo y Marcos, mas no en Lucas o Juan. La quinta palabra fue preservada por Juan y es: “Tengo sed”, la más breve, pero, tal vez, no la más incisiva de todas las palabras del Señor, aunque bajo un aspecto corporal, posiblemente sea la más lacerante de todas ellas. Juan atesoró también otra preciosa palabra de Jesucristo desde la cruz, aquella prodigiosa palabra: “Consumado es”. Ésa fue la penúltima palabra: “Consumado es”, el resumen de la obra de toda Su vida, pues no dejaba nada pendiente, ningún hilo quedaba deshebrado, toda la urdimbre de la redención había sido tejida al igual que Su túnica: desde arriba hasta abajo, y consumada a la perfección. Después que hubo dicho: “Consumado es”, pronunció la última palabra: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, que he tomado como nuestro texto esta noche, pero al que no nos acercaremos de inmediato.

Diversos autores han dicho muchas cosas acerca de estas siete palabras desde la cruz; y si bien he leído lo que muchos de ellos escribieron, no podría agregar nada a lo ya dicho, pues se deleitaron en reflexionar ampliamente sobre estas últimas siete palabras; y al respecto de esto, los más antiguos escritores de la que sería llamada la escuela católica romana, no podrían ser superados, ni siquiera por los protestantes, en su intensa devoción por cada letra de las palabras agonizantes de nuestro Salvador; y ellos descubren algunas veces nuevos significados, más ricos y más raros que cualquiera de los que se les hubieran podido ocurrir a las mentes más calculadoras de los críticos modernos, que como regla son grandemente bendecidos con los ojos de un topo: son capaces de ver donde no hay nada que se pueda ver, pero son siempre incapaces de ver cuando hay algo digno de verse. Si la crítica moderna, —y lo mismo sucede con la teología moderna— fuera ubicada en el Huerto de Edén, no vería ninguna flor. Es como el siroco que arremete y quema, pero no tiene ni rocío ni unción; de hecho, es totalmente lo opuesto de estas preciosas cosas, y demuestra que carece de la bendición de Dios y, por lo tanto, que es incapaz de bendecir a los hombres.

Ahora, en referencia a estas siete palabras desde la cruz, muchos autores han extraído de ellas lecciones concernientes a siete deberes. Escuchen. Cuando nuestro Señor dijo: “Padre, perdónalos”, nos dijo a nosotros, en efecto: “Perdonen a sus enemigos”. Incluso cuando abusen de ti malignamente y te causen un terrible dolor, debes estar dispuesto a perdonarlos. Debes ser como el árbol de sándalo, que perfuma al hacha que lo derriba. Debes ser muy benevolente, amable y amoroso, y ésta debe ser tu oración: “Padre, perdónalos”.

El siguiente deber es tomado de la segunda palabra, y se trata del deber de penitencia y fe en Cristo, pues Él le dijo al ladrón moribundo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. ¿Has confesado tu pecado como él lo hizo? ¿Tienes la fe y la devoción suyas? Entonces tú serás aceptado igual que él lo fue. Aprende, entonces, de la segunda palabra, el deber de la penitencia y de la fe.

Cuando nuestro Señor, en la tercera palabra, le dijo a Su madre: “Mujer, he ahí tu hijo”, nos enseñó el deber del amor filial. Ningún cristiano debe carecer de amor por su madre, por su padre, o por quienes son sus seres queridos por las relaciones que Dios ha establecido que observemos. ¡Oh, por el amor agonizante de Cristo hacia Su madre, ningún hombre aquí presente debe despojarse de su condición de hombre olvidando a su madre! Ella te engendró; susténtala en su ancianidad, y protégela amorosamente hasta el final.

La cuarta palabra de Jesucristo nos enseña el deber de asirnos de Dios y de confiar en Él: “Dios mío, Dios mío”. Vean cómo se aferra a Él con ambas manos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” No puede soportar ser abandonado por Dios; todo lo demás le causa poca pena en comparación con la angustia de ser desamparado por Dios. Entonces, aprende a asirte a Dios, a sujetarlo con las dos manos de la fe; y si piensas que Él te ha desamparado, clama a Él, y dile: “Hazme entender por qué contiendes conmigo, pues no puedo soportar estar sin Ti”.

La quinta palabra, “Tengo sed”, nos enseña a valorar altamente el cumplimiento de la Palabra de Dios. “Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed”. Presta mucha atención, en todo tu dolor y debilidad, a preservar la

Palabra de tu Dios, a obedecer el precepto, a aprender la doctrina y a deleitarte en la promesa. Así como el Señor, en Su gran angustia dijo: “Tengo sed”, porque estaba escrito que diría eso, tú tienes que tener en consideración a la Palabra de Dios incluso en las cosas pequeñas.

La sexta palabra, “Consumado es”, nos enseña obediencia perfecta. Apégate a tu cumplimiento del mandamiento de Dios; no dejes fuera ningún mandamiento, y sigue obedeciendo hasta que puedas decir: “Consumado es”. Haz la obra de tu vida, obedece a tu Maestro, sufre o sirve de acuerdo a Su voluntad, pero no descanses hasta que puedas decir con tu Señor: “Consumado es”. “He acabado la obra que me diste que hiciese”.

Y esa última palabra, “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, nos enseña resignación. Entrega todas tus cosas, entrega incluso tu espíritu a Dios, a Su mandato. Quédate quieto y sométete plenamente al Señor, y que ésta sea tu consigna de principio a fin: “En tus manos, Padre mío, encomiendo mi espíritu”.

Yo pienso que debería interesarles este estudio de las últimas palabras de Cristo; por tanto, permítanme demorarme un poco más en el tema. Esas siete palabras desde la cruz nos enseñan también algo acerca de los atributos y los oficios de nuestro Señor. Son siete ventanas de ágata y puertas de carbunclo a través de las cuales pueden verlo a Él y acercarse a Él.

Primero, ¿quieres verlo como Intercesor? Entonces, Él clama: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. ¿Quieres contemplarlo como Rey? Entonces, oye Su segunda palabra: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. ¿Quieres identificarlo como un tierno Guardián? Óyelo decir a María: “Mujer, he ahí tu hijo”, y a Juan, “he ahí tu madre”. ¿Quisieras atisbar dentro del oscuro abismo de las agonías de Su alma? Óyelo clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ¿Quieres entender la realidad y la intensidad de Sus sufrimientos corporales? Entonces, óyelo decir: “Tengo sed”, pues hay algo exquisito en la tortura de la sed cuando ésta es provocada por la fiebre de las heridas sangrantes. Los hombres que han perdido mucha sangre en el campo de batalla son devorados por la sed, y nos comentan que es el peor de todos los suplicios. “Tengo sed”, dice Jesús. Contempla al Sufriente en el cuerpo, y

entiende cómo Él puede identificarse con quienes sufren, ya que sufrió tanto en la cruz.

¿Quieres verlo como el Consumador de tu salvación? Entonces, escucha Su clamor: “Consummatum est”, “Consumado es”. ¡Oh, qué nota tan gloriosa! Aquí ves al bendito Consumador de tu fe. ¿Y, luego, quisieras echar una mirada más y entender cuán voluntario fue Su sufrimiento? Entonces óyelo decir, no como a alguien que se le roba la vida, sino como alguien que toma Su alma y la entrega a la custodia de otro: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

¿Acaso no hay mucho que aprender de estas palabras desde la cruz? Ciertamente estas siete notas constituyen una asombrosa escala musical, si sabemos cómo escucharlas. Permítanme recorrer la escala de nuevo. Aquí, primero, tienen la comunión de Cristo con los hombres: “Padre, perdónalos”. Él está junto a los pecadores e intenta hacer una apología a favor de ellos: “No saben lo que hacen”. Aquí tenemos, a continuación, Su poder de Rey. Él abre de par en par las puertas del cielo para el ladrón moribundo, y le hace pasar. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. En tercer lugar, contemplan Su relación humana. ¡Es nuestro pariente muy cercano! “Mujer, he ahí tu hijo”. Recuerden cómo dice: “Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre”. Él es hueso de nuestro hueso, y carne de nuestra carne. Él pertenece a la familia humana. Es más hombre que cualquier hombre. Tan ciertamente como es Dios verdadero de Dios verdadero, Él es también hombre verdadero de hombre verdadero, tomando para Sí la naturaleza, no solamente del judío, sino también del gentil. Perteneciendo a Su propia nacionalidad, pero alzándose sobre todas, Él es el Hombre de los hombres, el Hijo del hombre.

Véanlo, a continuación, quitando nuestro pecado. Ustedes se preguntarán: “¿Cuál nota es ésta?” Bien, todas ellas son para tal efecto; pero ésta lo es principalmente: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Fue porque llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, que fue desamparado por Dios. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”, y ésto explica el clamor amargo: “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?” Contémprenle, en esa quinta palabra: “Tengo

sed”, tomando, no sólo nuestro pecado, sino también nuestra debilidad y todo el sufrimiento de nuestra naturaleza corporal. Entonces, si quieren ver Su plenitud así como Su debilidad, si quieren ver Su suficiencia en todo así como también Su aflicción, óiganlo clamar: “Consumado es”. ¡Qué maravillosa plenitud hay en esa nota! Toda la redención está cumplida; toda ella está completa; toda ella es perfecta. No queda nada pendiente, ni una sola gota de amargura en la copa de hiel; Jesús ha bebido hasta la última gota. Ni una blanca se ha de sumar al precio del rescate; Jesús pagó por todo. Contemplan Su plenitud en el clamor: “Consumado es”. Y luego, si quieren ver cómo nos ha reconciliado con Él, contémprenle: el Varón hecho por nosotros maldición, retornando a Su Padre con una bendición, y llevándonos con Él, cuando nos lleva a todos a lo alto por esa última palabra amada: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Ahora la Fianza y el pecador están libres.

Cristo regresa al Padre, pues “Consumado es”, y ustedes y yo vamos al Padre por medio de Su obra perfecta.

Sólo he practicado dos o tres tonadas que pueden ser tocadas con esta arpa, pero es un instrumento maravilloso. Si no fuera un arpa de diez cuerdas, sería, de cualquier manera, un instrumento de siete cuerdas, y ni el tiempo ni la eternidad serían capaces de extraer jamás toda la música. Esas siete palabras agonizantes del Cristo siempre vivo, tocarán para nosotros la melodía en la gloria a lo largo de todas las edades de la eternidad.

Ahora te voy a pedir tu atención por un breve tiempo al texto mismo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

¿Ves a nuestro Señor? Aunque está muriendo, Su rostro mira todavía al hombre. Su postrera palabra para el hombre es este clamor: “Consumado es”. ¿Podrías encontrar una palabra más selecta con la que Él pudiera decirte “Adieu” (Adiós) en la hora de la muerte? Él te dice que no has de temer que Su obra sea imperfecta, que no tiembles porque pudiera resultar insuficiente. Te habla y te declara con su palabra agonizante: “Consumado es”. Ahora que ha terminado de hablar contigo, vuelve Su rostro en la otra dirección. Su día laboral ha finalizado, Su labor más que hercúlea ha sido cumplida, y el grandioso Paladín regresa al trono de Su Padre, y habla, mas

no a ti. Su postrera palabra está dirigida a Su Padre: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Éstas son Sus primeras palabras al regresar a casa de Su Padre, así como “Consumado es”, es su postrera palabra ya que, por un tiempo, se aparta de nuestra compañía.

Piensa en estas palabras y, ¡que pudieran ser también tus primeras palabras cuando retournes a tu Padre! ¡Que pudieras hablar así a tu Padre Divino en la hora de la muerte! Las palabras fueron muy manoseadas en tiempos de los católicos romanos; pero no se dañaron ni siquiera por eso. Solían ser expresadas en latín por los moribundos: “In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum” (Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu). Todo moribundo solía intentar decir esas palabras en latín; y si no lo hacía, alguien trataba de decirlas por él. Fueron convertidas en una especie de hechizo de brujería; y así, en latín perdieron esa dulzura para nuestros oídos; pero en el idioma inglés siempre serán como la propia esencia de la música para un santo moribundo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Es digno de advertirse que las últimas palabras que nuestro Señor expresó, fueron tomadas de las Escrituras. Esta frase es tomada, —y me atrevo a decir que la mayoría de ustedes lo sabe— del Salmo treinta y uno, de su versículo cinco. Permítanme leérselos. ¡Es una gran prueba de cuán lleno de la Biblia estaba Cristo! Él no era de aquéllos que tienen en poca consideración a la Palabra de Dios. Estaba saturado de ella. Estaba tan lleno de la Escritura como el vellón de Gedeón estaba lleno de rocío. No podía hablar, ni siquiera en Su muerte, sin citar una Escritura.

Así es como lo expresó David: “En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad”.

Ahora, amados, el Salvador alteró este pasaje, pues de lo contrario no se habría adecuado a Él. ¿Ven, primero, que fue obligado a agregarle algo, con el objeto de que se adecuara a Su propio caso? ¿Qué fue lo que le agregó? Pues bien, esa palabra: “Padre”. David dijo: “En tu mano encomiendo mi espíritu”; pero Jesús dice: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. ¡Es un bendito avance! Él sabía más de lo que David sabía, pues Él era más el Hijo de Dios de lo que David pudiera serlo. Él era el Hijo de Dios en un sentido muy excelso y especial por eterna filiación; y así, comienza la

oración con: “Padre”. Pero luego le quita algo. Era necesario que lo hiciera, pues David dijo: “En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido”. Nuestro bendito Maestro no fue redimido, pues Él es el Redentor, y pudiera haber dicho: “En tu mano encomiendo mi espíritu, pues he redimido a mi pueblo”; pero decidió no decir eso. Él simplemente tomó aquella parte que se le adecuaba, y la usó como Suya: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Oh, hermanos míos, no harían nada mejor, después de todo, que citar la Escritura, especialmente en la oración. No hay oraciones tan buenas como aquellas que están saturadas de la Palabra de Dios. ¡Que toda nuestra conversación estuviera aderezada con textos! Yo desearía que lo estuviera más. La gente se reía de nuestros antepasados puritanos porque los propios nombres de sus hijos eran seleccionados de pasajes de la Escritura; pero yo, por mi parte, preferiría que se rieran de mí por hablar mucho de la Escritura, que por hablar mucho de novelas sin ningún valor, novelas con las que (me avergüenza decirlo) son rellenos muchos sermones de nuestros días, sí, rellenos con novelas que no son aptas para ser leídas por hombres decentes y que están revestidas de tal manera, que uno difícilmente sabe si está oyendo acerca de un hecho histórico o únicamente de algún trozo de ficción. ¡Líbranos, buen Dios, de tal abominación!

Pueden ver, entonces, cuán bien usó el Salvador la Escritura, y cómo, desde Su primera batalla con el diablo en el desierto hasta Su última lucha con la muerte en la cruz, Su arma siempre fue: “Escrito está”.

Ahora llego al texto mismo, y voy a predicar acerca de él solamente por un breve espacio de tiempo. Al hacerlo, aprendamos la doctrina de esta palabra postrera desde la cruz; en segundo lugar, cumplamos el deber; y, en tercer lugar, disfrutemos del privilegio.

I. Primero, APRENDAMOS LA DOCTRINA de la última palabra de nuestro Señor desde la cruz.

¿Cuál es la doctrina de esta última palabra de nuestro Señor Jesucristo? Dios es Su Padre, y Dios es nuestro Padre. Quien dijo: “Padre”, no dijo para Sí: “Nuestro Padre”, pues el Padre, es el Padre de Cristo en un sentido más excelso de lo que es nuestro Padre; sin embargo, Él no es más

verdaderamente el Padre de Cristo de lo que es nuestro Padre, si hemos creído en Jesús. “Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”. Jesús le dijo a María Magdalena: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. Crean en la doctrina de la Paternidad de Dios en cuanto a Su pueblo. Tal como les he advertido antes, han de aborrecer la doctrina de la paternidad universal de Dios, pues es una mentira y un profundo engaño. Primero, asesta puñaladas al corazón de la doctrina de la adopción enseñada en la Escritura, pues ¿cómo puede Dios adoptar a los hombres, si ya todos son Sus hijos? En segundo lugar, asesta puñaladas al corazón de la doctrina de la regeneración, que es ciertamente enseñada en la Palabra de Dios. Ahora, es por la regeneración y por la fe que nos convertimos en hijos de Dios, pero ¿cómo podría ser eso si ya fuéramos hijos de Dios? “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. ¿Cómo podría Dios dar a los hombres el poder de convertirse en Sus hijos si ya tuvieran ese poder? No crean en esa mentira del diablo, antes bien, crean en esta verdad de Dios: que Cristo y todos los que están en Cristo mediante una fe viva, pueden regocijarse en la Paternidad de Dios.

A continuación deben aprender esta doctrina: que en este hecho radica nuestro principal consuelo. En nuestra hora de tribulación, en nuestro tiempo de guerra, debemos decir: “Padre”. Adviertan que la primera palabra desde la cruz es como la postrera; la nota más alta es como la más baja. Jesús comienza con: “Padre, perdónalos”, y concluye con: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Pidan ayuda en cualquier riguroso deber, clamando: “Padre”. Para recibir ayuda en un agudo sufrimiento y en la muerte, clamen: “Padre”. Su principal fortaleza radica en ser verdaderamente un hijo de Dios.

Aprendan la siguiente doctrina, que morir es ir a la casa de nuestro Padre. No hace mucho tiempo, le dije a un viejo amigo: “El anciano señor ‘Fulano de Tal’ se ha ido a casa”. Quise decir que había muerto. Él comentó: “Sí, ¿adónde más habría de ir?” Pensé que ésa era una sabia pregunta. ¿Adónde más iríamos? Cuando nuestros cabellos encanezcan y nuestra labor del día esté cumplida, ¿adónde iríamos sino a casa? Entonces, cuando Cristo ha dicho: “Consumado es”, Su siguiente palabra es, por

supuesto: “Padre”. Él ha concluido Su vida terrenal, y ahora irá a casa al cielo. Así como un hijo corre al pecho de su madre cuando está cansado y quiere dormir, así Cristo dice: “Padre”, antes de quedarse dormido en la muerte.

Aprendan otra doctrina: que si Dios es nuestro Padre, y nos consideramos como yendo a casa cuando morimos porque vamos a Él, entonces, Él nos recibirá. No hay ninguna insinuación de que podemos encomendar nuestro espíritu a Dios, y que, sin embargo, Él no nos recibirá. Recuerden cómo clamó Esteban bajo una lluvia de piedras: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. De cualquier manera que muramos, hemos de hacer de ésta nuestra postrera emoción aunque no sea nuestra última expresión: “Padre, recibe mi espíritu”. ¿No recibirá nuestro Padre celestial a Sus hijos? Si ustedes, siendo malos, reciben a sus hijos al caer la noche cuando regresan a casa para dormir, su Padre que está en el cielo, ¿no los recibirá cuando su día laboral esté concluido? Esa es la doctrina que tenemos que aprender de esta postrera palabra desde la cruz: la Paternidad de Dios y todo lo que proviene de ella para los creyentes.

II. En segundo lugar, CUMPLAMOS CON EL DEBER.

Ese deber me parece que es, primero, la resignación. Siempre que algo los turbe y alarme, sométanse a Dios. Digan: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Canten con Faber:

Yo me inclino a Tu voluntad, oh Dios,
Y adoro todos Tus caminos;
Y cada día que viva buscaré
Agradarte más y más.

A continuación, aprendan el deber de la oración. Cuando estén sumidos en la propia angustia del dolor, cuando estén rodeados por amargas aflicciones tanto de la mente como del cuerpo, sigan orando. No abandonen el “Padre nuestro”. No permitan que sus llantos sean dirigidos al aire; no permitan que sus gemidos sean ante su médico, o su enfermera, sino que deben clamar: “Padre”. ¿Acaso no clama así el niño que ha perdido su camino? Si está a oscuras en la noche, y se despierta en una habitación solitaria, ¿no grita: “Padre”; y acaso no es conmovido el corazón de un

padre por ese grito? ¿Hay alguien aquí que nunca haya clamado a Dios? ¿Hay alguien aquí que nunca haya dicho: “Padre”? Entonces, Padre mío, pon Tu amor en sus corazones, y condúcelos a decir esta noche: “Me levantaré e iré a mi Padre”. Tú serás realmente reconocido como hijo de Dios si resuena ese clamor en tu corazón y en tus labios.

El siguiente deber es nuestra entrega a Dios por la fe. Entréguense a Dios, confiense a Dios. Cada mañana, cuando se levanten, tómense y pónganse bajo la custodia de Dios; enciérrense, por decirlo así, en el cofre de la protección divina; y cada noche, cuando hayan quitado la llave de la caja, antes de quedarse dormidos, ciérrenla con llave de nuevo, y pongan la llave en la mano de Aquel que es capaz de guardarlos cuando la imagen de la muerte esté en su rostro. Antes de su sueño, entréguense a Dios; quiero decir, hagan eso cuando no haya nada que los aterrorice, cuando todo esté tranquilo, cuando el viento sople suavemente del sur, y el barco se aproxime velozmente al puerto deseado, no se tranquilicen con su propia tranquilidad. El que trincha con fines egoístas, se cortará los dedos y además tendrá un plato vacío. El que deja que Dios trinche por él verá a menudo gruesos tuétanos presentados ante sí. Si puedes confiar, Dios recompensará tu confianza de una manera que no has conocido todavía.

Y luego cumple otro deber, el de la experimentación continua y personal de la presencia de Dios. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. “Tú estás aquí, yo sé que estás aquí. Me doy cuenta de que estás aquí en el tiempo de aflicción, y de peligro, y me pongo en Tus manos. De igual manera que si alguien me atacara me entregaría a la protección de un policía, o de un soldado, así me entrego a ti, invisible Guardián de la noche, a ti, incansable Guarda del día. Tú cubrirás mi cabeza en el día de la batalla. Bajo Tus alas confiaré como un polluelo se oculta bajo la gallina”.

Mira, entonces, tu deber. Consiste en someterte a Dios, en orar a Dios, en entregarte a Dios, y descansar gracias a un sentido de la presencia de Dios. ¡Que el Espíritu de Dios te ayude en la práctica de tales deberes invaluables como éstos!

III. Ahora, por último, DEBEMOS GOZAR DEL PRIVILEGIO.

Primero, debemos gozar del excelso privilegio de descansar en Dios en todos los tiempos de peligro y dolor. El doctor te acaba de anunciar que tendrás que sufrir una operación. Di: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Existe toda probabilidad de que esa debilidad tuya, o esa enfermedad tuya, se agravará, y que pronto tendrás que guardar cama, y permanecer allí, tal vez, durante muchos días. Entonces, di: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. No te agobies, pues eso no te ayudará. Entrégate a Dios (es tu privilegio hacerlo) para que seas guardado por esas amadas manos que fueron perforadas por ti, para que seas entregado al amor de ese amado corazón que fue abierto por la lanza para comprar tu redención. Es portentoso el descanso de espíritu que Dios puede proporcionar al hombre o a la mujer que se encuentran en la peor condición. ¡Oh, cómo han cantado en la hoguera algunos de los mártires! ¡Cómo se han regocijado sobre el potro de tormento! La carbonera de Bonner, al otro lado del agua, allá en Fulham, donde encerraba a los mártires, era un lugar desdichado para estar en él en una noche de frío invierno; pero se nos informa que: “ellos se animaban en la paja, cuando estaban en la carbonera; con el canto más dulce procedente del cielo, y cuando Bonner les dijo: ‘¡Qué vergüenza que hagan tanto ruido!’, ellos le respondieron que él también haría un ruido semejante si estuviera tan feliz como ellos lo estaban”. Cuando has encomendado tu espíritu a Dios, entonces puedes gozar de un dulce descanso en tiempos de peligro y de dolor.

El siguiente privilegio es el de una valerosa confianza en el momento de la muerte, o ante el temor de la muerte. Fui conducido a reflexionar sobre este texto, usándolo muchas veces la noche del jueves pasado. Tal vez ninguno de ustedes olvide nunca la noche del jueves pasado. Yo pienso que nunca la olvidaré, aunque llegue a ser tan viejo como Matusalén. Desde este lugar hasta que llegué a mi hogar, parecía que iba en medio de una continua cortina de fuego; y entre más avanzaba, más vívidos se tornaban los relámpagos; pero cuando llegué por fin a dar vuelta en Leigham Court Road, entonces los rayos parecían descender en barras desde el cielo; y por fin, cuando alcancé la cima de la colina, se produjo un estruendo del tipo más espeluznante, y cayó un torrente de granizo, piedras de granizo que no intentaré describir, pues podrían pensar que exagero, y entonces sentí, y mi amigo sintió igual que yo, que difícilmente podríamos llegar vivos a casa. Nos encontrábamos allí en el propio centro y en el ápice de la tormenta. Por

todos lados en torno a nosotros, y por decirlo así, dentro de nosotros, no se veía otra cosa que el fluido eléctrico; y la diestra de Dios parecía desnuda para la guerra. Yo pensé entonces: “Bien, ahora muy probablemente iré al hogar”, y encomendé mi espíritu a Dios; y a partir de aquel momento, aunque no podría decir que sentía placer con los estruendos de los truenos y los destellos de los rayos, me sentí tan tranquilo como me siento aquí en este momento; tal vez estaba un poco más tranquilo de lo que me siento en presencia de tantas personas; me sentía feliz al pensar que, en un instante, podría entender más que todo lo que pudiera aprender en la tierra, y ver en un instante más de lo que podría esperar ver si viviera aquí durante un siglo. Yo sólo podía decirle a mi amigo: “Encomendémonos a Dios; sabemos que estamos cumpliendo con nuestro deber al seguir adelante como lo estamos haciendo, y todo estará bien para nosotros”. Entonces sólo podíamos regocijarnos juntos ante la perspectiva de estar pronto con Dios. No fuimos llevados a casa en el carro de fuego; se nos permitió seguir un poco más de tiempo con la obra de nuestra vida; pero experimenté la dulzura de ser capaz de concluir con todo, de no tener ningún deseo, ninguna voluntad, ninguna palabra, escasamente una oración, y de sólo elevar nuestro corazón y entregárselo al grandioso Guarda, diciendo: “Padre, cuídame. Bajo Tu cuidado he de vivir, y bajo Tu cuidado he de morir. A partir de este momento no tengo ningún deseo de nada; ha de ser como Tú quieras. En Tus manos encomiendo mi espíritu”.

Este privilegio no consiste únicamente en tener descanso en el peligro y confianza ante la perspectiva de la muerte; está lleno también de gozo consumado. Amados, si supiéramos cómo entregarnos en las manos de Dios, ¡qué lugar es para que estemos allí! ¡Qué lugar para estar allí: en las manos de Dios! Hay miríadas de estrellas; está el universo mismo; la mano de Dios sostiene sus pilares sempiternos, y no caen. Si nos ponemos en las manos de Dios, llegamos adonde se apoyan todas las cosas, y tenemos un hogar y felicidad. Salimos de la nada de la criatura y entramos en la suficiencia para todo del Creador. ¡Oh, pónganse allí; apresúrense a colocarse allí, queridos amigos, y a partir de ahora, vivan en las manos de Dios!

“Consumado es”. Ustedes no han concluido, pero Cristo sí lo hizo. Todo está consumado. Lo que tendrán que hacer será únicamente ejecutar lo que

Él ya ha consumado para ustedes, y mostrarlo a los hijos de los hombres en sus vidas. Y puesto que todo está consumado, digan: “Ahora, Padre, yo regreso a Ti. Mi vida a partir de ahora será estar en Ti. Mi gozo será volverme nada en la presencia de Todo en Todo, morir para entrar en la vida eterna, hundir mi ego en Jehová, y dejar que mi humanidad, que mi condición de criatura viva únicamente para su Creador, y manifieste únicamente la gloria del Creador”. Oh amados, terminen esta noche y comiencen mañana por la mañana con: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. ¡El Señor esté con todos ustedes! ¡Oh, si nunca has orado, que Dios te ayude a orar ahora, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'C. H. Anderson', with a stylized, cursive script.